

Lautaro García

## El mes artístico

Los coros de la Sinfónica de Concepción, que se presentaron por primera vez en Santiago durante las fiestas septembrinas, han sido una revelación para la crítica y el público capitolinos, y sin duda el acontecimiento artístico de mayor significación del mes, en materia musical. Una vez más, como lo ha demostrado en otras actividades, la provincia chilena ha probado poseer elementos de cultura y fuerzas espirituales dignos de figurar en el primer plano de nuestro movimiento estético y que pueden servir de ejemplo y enseñanza a las instituciones de la capital.

Esta vez la magnífica masa coral que presentó el maestro Arturo Medina nos dió una lección rotunda y convincente. Esos cien muchachos y niñas que componen la agrupación musical penquista, han demostrado una vez más las cualidades de ritmo, afinación y sensibilidad que posee nuestra raza; y lo que puede obtener en el terreno de la expresión artística la voluntad de un director capacitado cuando encuentra el entusiasmo y el espíritu de cooperación de una juventud fervorosa como esta de la metrópoli sureña.

Concepción cuenta ya en materia de canto coral con su honrosa tradición que se remonta a más de cuatro lustros. En efecto, hará cosa de veinticinco años, un artista español, el barítono Pablo Vidales formó en ella el primer conjunto que se llamó Orfeón Ibero-Chileno. Entre los muchachos de ese tiempo

que desde el primer momento formaron en las líricas falanges del maestro Vidales se encontraba Arturo Medina. Dotado de una clara intuición musical y de una conciencia artística escrupulosa el futuro director de los actuales Coros de la Sinfónica, aunque poseía una generosa y bien timbrada voz baritonal, antes que sobresalir como solista pospuso su vanidad de muchacho, con una honda comprensión de lo que era el canto coral, a las explicables sollicitaciones de su personalidad de cantante. Allí se impregnó del espíritu de la armonía de conjunto en las voces humanas e hizo su primer aprendizaje Arturo Medina.

Más tarde Arturo Medina partió a Italia donde estuvo siete años perfeccionando sus estudios vocales y musicales. Actuó con brillo como cantante de ópera en varias compañías. Mientras tanto Pablo Vidales fué llamado a la capital por un Ministro inteligente, Eduardo Barrios, para que prosiguiera con mayores medios la obra emprendida en Concepción. El que escribe estas líneas tuvo ocasión en esa época, desde un puesto directivo de las actividades artísticas, de contribuir a esta labor designando al maestro Vidales como Inspector de enseñanza coral; pero el quijotesco artista español que poseía además de sus conocimientos y capacidad un inquebrantable espíritu de trabajo, no encontró la cooperación que buscaba entre los elementos docentes y puede decirse que murió en la demanda. En efecto, Pablo Vidales falleció hace algunos años, desoído en sus proyectos y ver logrados sus propósitos.

Mientras tanto Arturo Medina había vuelto a la patria, y aunque se dedicó en su ciudad natal a otras actividades ajenas al arte no por eso dejó de alimentar la secreta ambición de hacer renacer el amor al canto coral entre sus compatriotas. Para esta empresa, que habría desalentado a cualquier otro por la apatía del ambiente. Medina estaba singularmente preparado, tanto por su carácter como por su experiencia de cantante y su cultura musical. En Europa había estudiado la organización y había oído a las mejores agrupaciones corales del Continente.

No pudiendo substraerse al llamado de su temperamento el novel maestro empezó pacientemente a reunir los elementos dispersos y a despertar en las nuevas generaciones el amor y el gusto por el canto coral. Pronto supimos que los Coros de Concepción eran una bella realidad. Artistas y músicos que los oyeron en la metrópoli penquista nos hablaron de ellos con admiración.

Hace justamente un año, Arturo Medina estuvo en Santiago y nos mostró programas de algunas de las audiciones que había dado con su conjunto. A pesar de conocer íntimamente a Arturo Medina, la seriedad de esos programas que abarcaban desde los compositores primitivos a los más modernos pasando por los clásicos, nos sorprendió. Aquel no era un esfuerzo ocasional llevado a cabo con un grupo de aficionados sino una organización hecha bajo las bases más sólidas para una institución permanente que llegara a convertir a los bisoños orfeonistas en verdaderos artistas dentro de su género.

—Este otro año vendré con mis muchachos a Santiago y entonces verás que no exagero respecto a lo que he conseguido de ellos. No solamente han estudiado solfeo y canto, consiguiendo que tengan excelente ritmo y afinación a la par que canten con impostación y modulen perfectamente, sino se han penetrado a fondo del espíritu del canto coral.

En sus encendidas palabras palpitaba la satisfacción del creador que había logrado realizar un movimiento verdadero y firmemente orientado. Arturo Medina seguía siendo el hombre fervoroso y visionario que había compartido con nosotros ardorosas horas de lucha artística allá en la Milán de nuestros años mozos. Y como conocíamos su capacidad musical y su sinceridad de autocrítica no dudamos ni por un instante de que Arturo Medina triunfaría ampliamente en su empresa.

Arturo Medina cumplió fielmente su palabra no sólo en lo referente a su venida con los Coros sino a cuanto nos había dicho respecto a su disciplina, unidad de conjunto, musicalidad y

comprensión artística. Su presentación en el Teatro Victoria de nuestra capital constituyó un triunfo rotundo.

Desde su primer número el conjunto se impuso por su perfecto «afiatamiento» y la inteligencia que hay entre director y dirigidos. El programa seleccionado con depurado gusto consultaba páginas de coros «a capella», trozos de autores primitivos y clásicos y algunas composiciones modernas. Con admirable compenetración y dominio de sus voces los cien orfeonistas pusieron de relieve no solamente su ductilidad a los requerimientos del maestro, su clara articulación y un justo sentido de la intensidad sonora, sino también un sobrio y noble estilo interpretativo.

Dentro de esta línea impecable oímos los trozos de música religiosa de Lassus, Palestrina, Victoria; la pura expresividad picaresca de Pergolesi y Monteverdi; la gracia depurada de Mozart; la finura de Brahms o la angustia amordazada de Los Barqueros del Volga. Es decir, desde los primitivos y los clásicos hasta la riqueza folklórica de los modernos. Cada ejecución ceñida a un estilo, con un admirable equilibrio de las cuerdas y una riqueza de expresiones y matices que denunciaba la maravillosa disciplina obtenida tras largos y pacientes ensayos. La masa coral dócil a las manos del director lograba los más delicados matices y los efectos de claroscuro mejor graduados, dando esa sensación de «órgano humano» en que las cien voces se amalgamaban en un solo raudal sonoro que era como el clamor de las muchedumbres que exteriorizaban su fervor místico en los primeros siglos del cristianismo.

Y esta sensación que se expandía por la sala levantando la más pura emoción auditiva parecía salir de las elocuentes manos del maestro Medina que conducía la masa coral, tal un prestidigitador que sacara por arte de magia los matices más finos y sugerentes o los acentos más llenos de sus taumatúrgicos dedos. En otras palabras Arturo Medina se nos reveló como un

conductor coral de gran temperamento y sensibilidad y de una claridad de dirección y una precisión rítmica admirables.

Después de haber oído a los Coros de la Sinfónica de Concepción, se puede asegurar que no solamente representan el esfuerzo más serio y mejor logrado que se haya intentado en este género en Chile sino que podrían alternar dignamente con los mejores conjuntos de su carácter que existen en el extranjero.

Concepción, que sabemos ha contribuído con patriótica comprensión a la formación y mantenimiento de este conjunto, puede estar orgullosa de la obra de Arturo Medina y de haber contribuído de una manera positiva al desarrollo del canto coral entre nosotros.